

Capítulo 3. El Eco de las Letras

Desde el Monte Olimpo, Polimnia, Calíope y Erato observaban el Colegio Virgen de la Esperanza. Habían inspirado a los grandes poetas de la historia, pero ahora su misión era diferente: mostrar cómo la literatura podía ser una herramienta de aprendizaje y unión. El poder de la palabra no tenía límites, y ellas estaban decididas a mostrarlo.

Con un susurro, las tres musas descendieron al aula de la profesora Marta. Los niños se preparaban para una clase especial de literatura.

Algunos niños habían nacido en otros países, otros hablaban distintas lenguas en casa, pero todos compartían una curiosidad: ¿qué podían aprender unos de otros?



—Hoy vamos a hablar de cómo la literatura nos permite dialogar —anunció Marta—. Cada libro, cada historia, es una oportunidad para escuchar, para entender y para respetar lo que otros piensan y sienten.

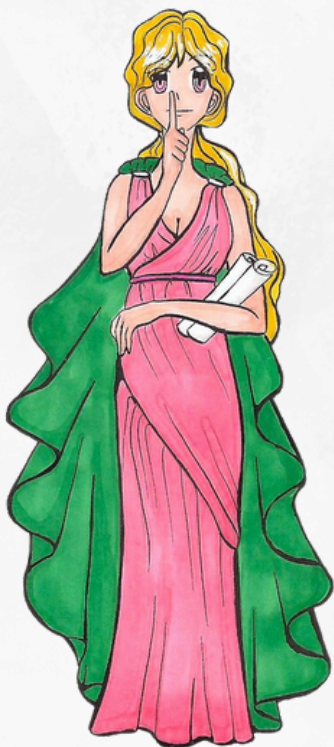
Paula levantó la mano:

—¿Pero qué pasa si no estoy de acuerdo con lo que dice un libro?

Marta sonrió, y las musas, atentas, sabían que esta era la oportunidad perfecta para enseñar el valor del diálogo literario.

—Eso es lo hermoso de la literatura —respondió la profesora—. No tienes que estar de acuerdo con todo, pero sí puedes aprender a escuchar. Las palabras de los autores y las de tus compañeros nos permiten ver el mundo desde otra perspectiva.

Polimnia, desde su rincón invisible, inspiró a los niños a sumergirse en las historias sagradas, para mostrarles que, a través de los textos antiguos, podían encontrar similitudes con sus propias experiencias y comprender mejor el mundo.



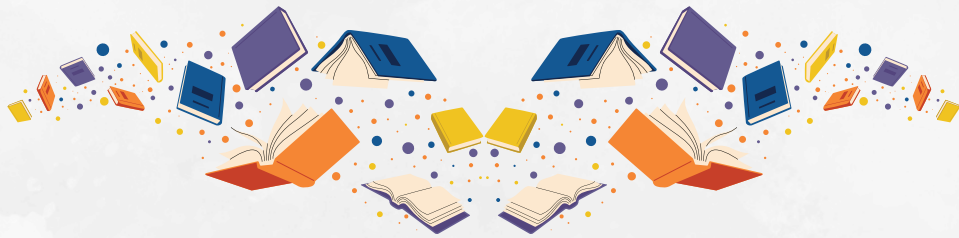
—Las historias nos recuerdan que, aunque somos diferentes, todos buscamos respuestas — susurró Polimnia en sus corazones—. Y esas respuestas a veces las encontramos en las palabras de los demás.

Calíope, siempre enfocada en las grandes narraciones, quiso que los niños entendieran el valor de la diversidad en las historias épicas. No todas las aventuras eran iguales, pero todas tenían un valor esencial. Cada niño, con su propia historia, era un héroe en su vida.

—Cada uno tiene una aventura —dijo Calíope, llenando el aula de su energía—. Y cada aventura es única, pero también tiene algo en común: el deseo de aprender, de mejorar y de entender a los demás.

Marta pidió a los niños que eligieran libros diferentes, cada uno con una temática distinta. Los niños leían en silencio, pero pronto empezaron a compartir sus impresiones.

—En este libro, el personaje es muy diferente a mí —dijo Pau, pensativo—, pero me hace pensar en lo que haría yo en su lugar.



Erato, con su toque armónico, influyó en la clase para que ese intercambio fuera más que un simple comentario. Los niños no solo hablaban, sino que escuchaban de verdad. Cuando Paula contó cómo un libro le recordaba la historia de su abuela, Pau le respondió compartiendo algo sobre su propio abuelo. Cada palabra, cada reflexión, enriquecía al grupo.

—La literatura nos enseña a escuchar —susurró Erato—, y en ese escuchar encontramos armonía, aunque seamos diferentes.

Al final de la clase, los niños habían compartido sus lecturas, sus reflexiones y, lo más importante, sus emociones. A través de los libros, habían aprendido que no necesitaban ser iguales para aprender unos de otros. Las musas, satisfechas, sabían que los niños habían comprendido el principio más esencial: la igualdad de diferencias. En aquel aula, la diversidad no era una barrera, sino una riqueza que les permitía crecer juntos.



Continuará